

ruoso. Triste, pero de una gran afectuosidad y simpatía. Generoso y delicado.

❖ CARLOMAGNO. — Carácter vanidoso. Dado a la creencia un poco desmedida del propio valer. Sentimental y ligero. Voluntad débil, perdida en sueños y en elucubraciones sensuales. Despilfarrador. Voluble, pero amable y seductor.

❖ PEPE A.—Me alegro resultase acertado el análisis anterior, y en cuanto al de su pretendiente, procuraré tener toda la franqueza que me pide. Para hacer un análisis nunca me sirvo del texto. Por ello, lamento se haya molestado en copiar usted las cartas de él. Haré el análisis por los rasgos que veo en el trozo de postal. Juicio claro. Espíritu observador. Voluntad perseverante. Carácter afectuoso, sensible, pero dominado por un excesivo afán de lucro y algún egoísmo. Marcada economía. Ráfagas de melancolía. No le encuentro vanidoso: simplemente cultivado. Es posible que sea más amable que cortés. Dignidad y convicción de sí mismo. ¿Complacida? No soy el que piensa, ni tampoco gallego. Agradecido.

❖ UNA HUCHISTA.—Juicio muy claro. Carácter algo complejo, propenso a los cambios de humor y exaltaciones. Voluntad despierta, un noquítin despótico. Emotividad. Rarezas. Expansión y afectuosidad. Corrección. Desinterés. Franqueza en la intimidad, generalmente se domina.

❖ SAFO.—Es difícil decirle si congeniará usted con su novio. No soy adivino y, por otra parte, ello depende de su clima espiritual. Disimulo muy marcado de la personalidad. Oculación de sus verdaderos pensamientos. Voluntad fuerte, con audacias que tal vez no lleve a efecto. Honda depresión y desaliento. Rarezas. Extrañas franquezas. Tendencia a un aislamiento aristocrático. Cortesía.

❖ UNA TRISTE PROVINCIANA. — Espíritu poco cultivado. Preocupaciones. Hábito de vida menuda. Juicio claro. Temperamento sentimental, un poquito susceptible, desinteresado, amable, con ligeros desajustes, recogido en sí mismo y sumiso.

❖ LIL MAR SAN.—Inteligencia. Lógica. Voluntad firme, perseverante. Carácter ordenado, económico, dentro de un desinterés. Sensible, afable, con pequeños errores y acudezas. Amiga de no dar pasos en falso. Prudencia. Ligeros desajustes. No me molesta en absoluto y encantado de hacérsela.

❖ BENJAMIN.—Espíritu deductivo. Voluntad enérgica. Carácter franco, inflexible, algo duro y frío de afectos. Seguridad de sí mismo. Nobleza. Orden y pulcritud. Atención al detalle. Desinterés. Espíritu combativo.

❖ BENJAMINA.—Sueños. Quimeras. Espíritu siempre en las nubes. Voluntad débil. Carácter sensible, tierno, abnegado, sumiso, de una gran distinción espiritual. Enamorada de las cosas bellas. Gracia. ¿Por qué no iban a congeniar? El encanto alado de usted sabrá animar y eternecer esa frialdad de él.

RUV

EUGENIA EMPERATRIZ

(Viene de la pág. 37)

dieron a su encanto, contándose entre sus admiradores el Marqués de Alcañices, José Luis Albareda, Salvador Bermúdez de Castro, un hijo del banquero Aguado y, en fin, toda la juventud brillante de los salones del Madrid de 1845. Se dice que amó, aunque sin manifestarlo, a su cuñado el Duque Jacobo de Alba, casado con su única hermana doña María Francisca; pero este amor no pasó de ser nunca más que un destello en los bellos ojos de la futura Emperatriz. A partir de 1850 se establecen la Condesa de Montijo y su hija Eugenia, entonces Condesa de Teba, en París, instalándose en el Hotel del Rhin, situado en la Plaza de Vendôme. Asistiendo a las fiestas suntuosas que en honor del Príncipe-Presidente organizara la Princesa Matilde, en una de las cuales fué presentada a éste, que, como los demás, quedó hechizado por la gracia de la joven Condesa, que había sumado un nuevo admirador a los que ya contaba. Le hicieron la corte el filósofo Caro, el

Hotel
ATLANTICO

TELEFONO, 2347
CADIZ

embajador Nigra, el Duque de Aumale, el Conde de Goltz, el de Benst y otros muchos, que se sintieron atraídos por la «belle espagnole», como se la llamaba en París. Mas ninguno logró interesar el corazón de la dama. Eugenia, con la mirada fija en su destino, esperaba.

En 1851 se produjo en Francia el golpe de Estado, por el que Bonaparte, de presidente de la República se convertía en Emperador, y fué entonces cuando sus ojos, al buscar la mujer que con él había de compartir el Trono, se encontraron con los de Eugenia que, como una ungida, se apoyaba sin vacilaciones en la mano que la conducía hacia la profecía del abate Boudinet: «Sería más que reina».

El 1 de enero de 1853 fué la pección de mano: el 22 del mismo mes se anunció la próxima boda a las Cámaras: el 30 de enero se celebró el matrimonio civil, en las Tullerías, y el 31 el religioso, en Notre Dame, luciendo la flamante Emperatriz la diadema de zafros y brillantes que cifieron Josefina y María Luisa, esposas de Napoleón I. Contaba ella veintisiete años, y cuarenta y cinco el Emperador.

El reinado de Napoleón III y Eugenia hizo resurgir a Francia en todo el esplendor de los tiempos de Luis el Grande. Se celebraban fiestas, que fueron calificadas de fantásticas, en los palacios de las Tullerías, de Compiégne, Saint-Cloud, Fontainebleau y otras residencias imperiales, a las que concurrían, además de lo más selecto de la aristocracia europea, los más famosos literatos y artistas, como Halcoy, Merimée, Labiche, Octavio Feuillet y otras prestigiosas figuras literarias del Segundo Imperio.

El último acto de gran brillantez al que asistió como Soberana, fué la inauguración del Canal de Suez, en 1869, al que fué acompañada de un lucido cortejo de Soberanos y Príncipes, entre los cuales iba su futuro enemigo, el Rey de Prusia, y un año más tarde Guillermo I Emperador de Alemania.

En agosto de 1870 estalló la Revolución que había de arrojar del Trono a Napoleón III, con quien se refugió en Inglaterra, encontrando la Emperatriz en este país su tercera Patria y su panteón, pues en el castillo de Farnborough fué enterrada, con su esposo y su hijo.

La unió una gran amistad con la Reina Victoria, tanto, que al nacer una nieta de ésta, hija de los Príncipes de Battemberg, fué madrina de la pequeña Princesa, que, andando el tiempo, había de llamarse Victoria Eugenia de España.

El último acto político de la Emperatriz fué la carta fechada en 1870, y que envió al Presidente Wilson en 1918, en la que Guillermo I reconocía el derecho de Francia sobre Alsacia y Lorena, si bien las retenía para poseer determinadas garantías.

El 11 de junio de 1920 fallecía en Madrid Su Majestad Imperial, en el Palacio de Liria, residencia de los Duques de Alba. El mundo se conmovió ante su muerte. Desaparecía con ella el último eslabón que unía nuestra época con un pasado de encantadora belleza y admirable poesía. Si hubiera vivido Bossuet, es seguro que, al dedicarle una maravillosa oración fúnebre, habría terminado con estas palabras: «No pudo elevarla el Trono, porque fué Cumbre».